

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO  
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

## Á JUAN ESPAÑOL

(EN BABIA Ó DONDE SE HALLÉ)

Apreciable Juan Lanás: Puedes estar ufano. Ya has oído lo que dicen de ti. Silvela te califica de excelente primera materia, ni más ni menos que el algodón en rama ó el cuero sin curtir. Sagasta recuerda que en días difíciles fuiste muy sensato. El Gobierno, en el Mensaje, llama admirable á esa tu resignación que el *Times* apellidó «filosófica». No, y no vayas á creerte: son elogios desinteresados. Ni siquiera cabe decir de ellos lo que dijo de otros cierto chusco:

Le daban jabón primero  
para afeitarlo después,  
en razón á que á ti ya te han afeitado.

De cómo y por qué te afeitaron tenemos un testimonio irrecusable, cual es el del propio barbero. Sagasta, que ofició contigo de Figaro, lo ha dicho más ó menos explícitamente. Se fué á la guerra con los Estados Unidos por necesidad, es decir, por mantener el orden. Se firmó la paz de París porque el orden no se turbaba. Y, con efecto, gracias sobre todo á tu resignación, admirable ó filosófica, como tú quieras, el orden permaneció imperturbable.

¿No admiras tú á Sagasta? Yo sí. Es todo un valiente. Porque ¡cuidado si se necesita valor para insinuar lo que él insinúa! Le habían acusado algunos republicanos de haber pospuesto todo otro interés al interés de la monarquía. ¿Se sincera de ese cargo? No, padre. Se gloria, se enorgullece, se jacta de ello. Por la monarquía fué á la guerra: por la monarquía hizo la paz. Así salvó la monarquía. ¡Lástima que no pueda decirse que salvara ninguna otra cosa!

El hombre, á la verdad, explica muy bien su conducta. La monarquía es el orden. La monarquía es la ancha base en que se asientan las libertades públicas. La monarquía, Juanito, es la paz. ¡La paz! Como no siempre está uno en todo, se olvidó de decir D. Práxedes que la monarquía es la más firme garantía de la integridad nacional. Ya que él no lo dijo, lo diré yo, que tanto monta.

Habrás tú oído asegurar que la República del 73 fué la abominación de la desolación. Hubo por entonces tres guerras civiles, y aunque dos de ellas estallaron bajo la monarquía y los dos tercios de la tercera se debieron á los reaccionarios, ninguna persona sensata dejará de acusar á la República de aquel desbarajuste. Culpar al régimen monárquico de los últimos desastres sería una insensatez. ¿Qué tiene que ver con ellos el régimen? Aquello del 73 fué muy gordo. Perder Cuba, Filipinas y Puerto Rico, enterrar ochenta mil españoles y gastar en los funerales cuatro millones de pesetas, es un contratiempo que puede ocurrirle á cualquiera.

Acabadita de salvar la monarquía, se enfurruñó Gamazo por aquello de Ribot: ya te acuerdas. Y cádate que cae el Gobierno liberal. Siempre los liberales cayeron á destiempo, según asegura con adorable ingenuidad don Práxedes, que jamás encuentra momento oportuno de caer. Pero nunca han caído con menos oportunidad que entonces. Cayeron, ¡mira tú qué pena!, cabalmente la víspera del día en que iban á restañar las heridas de la patria. Aquí el héroe del poema campoamorino: «¿Ha

muerto Dorotea? ¡Qué desgracia! ¡Yo que la iba á escribir mañana mismo!»

Por dicha, nunca falta un Sangredo en casos tales para reemplazar á otro Sangredo. Todo el plan de Sagasta, sin quitarle tilde, lo aplicarán Silvela y Polavieja. Los programas de ambos partidos legales se parecen entre sí como dos castañas. Sangrías y agua caliente. Nada de avances políticos. Mucha economía, mucha administración, mucho riego, muchos ferrocarriles secundarios y su poco de descentralización administrativa. ¡Ah! y vigorizar los resortes del gobierno, que siempre anda aquí flojo de muelles. Porque tú eres muy resignado, eso sí, pero aquí reina la anarquía.

«Audacia, audacia y siempre audacia», era el lema de Danton. Pagar, pagar y más pagar, es la solución del Mensaje. El Gobierno está persuadido de que te conviene pagar ahora, pagar luego, pagar siempre. A eso se reducirá por el momento la labor de tus representantes. Cuando pasen los calores y vuelvan los diputados fresquitos á reanudar sus tareas, entonces suprimirán el jurado, reformarán el Código penal para meternos mano á los «folicularios», entregarán las Universidades al clero, dividirán los Municipios de la Península en capaces é incapaces, y pondrán como nuevo el sufragio. Así recibirás el premio de tu admirable resignación.

Pues reformas administrativas no te han de faltar. Por la friolera de doscientos millones te harán inexpugnable por mar y tierra. Si aprontas otros doscientos podrás lisonjearte de poseer una escuadra capaz de emular las glorias de Cavite y Santiago. Doscientos más ó cosa así, y tendrás caminos y canales. Todo por una bicoca.

De que estás malucho, nadie duda. Desahuciado, no. No hay que desesperar hallándose en manos de tales doctores. Has tenido el talento de elegir las emirencias del protomedicato. Sigue siendo, como hasta aquí, juicioso, sensato, resignadito, y ya verás, ya verás. Si eres malo, discolo y travieso, no hay nada de lo dicho. Peor que tú estuvieron Prusia, Italia, Francia, y ahí las tienes rebosando salud. Y eso que no tenían un Silvela ni un Sagasta para asistirlas.

Adios, Juanito, que te alivies. Plegue al cielo conservarte esa resignación admirable, que tanto gusto da en las regiones oficiales. No te han de faltar ocasiones en que ejercerla. Ten juicio, saluda á la parienta y dispón de tu constante amigo,

ALFREDO CALDERÓN.

## ¡ODIO!

Estoy cansado de querer, cansado  
de secarme los ojos,  
unas veces por ellas

y otras por el hambriento prójimo.  
No hay duda; ¿qué ha de haberla?

Es mucho más hermoso

que el amor decantado

el implacable odio!

No hay duda; ¿qué ha de haberla?

El deleite más hondo

es el ciego rencor, y la caricia

más deliciosa, el odio:

¿Amar? ¿Querer?... ¿Y quién ha amado

aquí, después de todo?

## ¡ABAJO LO ETERNO!

I  
Quise, con ansia loca,  
conocer sus recónditos secretos;  
con violento tirón rompí su chambra,  
y ante mi vista, en su tostado seno,  
mostráronse desnudos y temblando,  
cual nimbos de lujuria, sus dos pechos.

II  
Era mi novia, mi creación, mi hembra;  
la virgen de mis sueños;  
la mujer á quien siempre tributara  
fanático respeto.  
Era un rayo de luz que aquella noche  
tomaba ante mi cuerpo,  
hablando á mi alma por la vez primera  
con el plástico idioma de los besos.

III  
Su escultura hermosísima quemaba;  
artista antes que amante, con mis dedos  
medí el contorno suave,  
las blandas curvaturas de su cuerpo.  
La hallé perfecta. Al verme  
de su hermosura dueño,  
ya que Dios, con ser Dios, sentir no puede  
el goce que hizo sacudir mis nervios,  
ni aumentarlo siquiera en un instante,  
de su poder reniego,  
¡y mi carne al vencer su omnipotencia  
proclama la derrota de lo eterno!

G. NÚÑEZ DE PRADO.

¿El hombre á la mujer? Por un minuto.  
¿La mujer al varón? ¡Ni por asomo!  
¡Querer! ¡Amar!... Los satisfechos dicen  
que hay caridad... ¡Tampoco!  
El frío acosa al pobre y sigue el hambre  
mordiéndolo los estómagos!

¡Nunca he gozado, nunca  
como al presente gozo!  
La sensación más grande,  
más profunda y viril está en el odio.  
La derrota nos brinda  
la tentadora copa: ¡arriba un sorbo!  
Yo ya bebí el primero: cuando bajan,  
en mi pueblo, los lobos  
enseñando los dientes,  
encendiendo sus ojos,  
pidiendo en el abismo  
del temporal furioso  
el derecho á la vida  
con sus aullidos roncacos...  
¡he visto la justicia de su rabia  
y ¡he entendido su odio!  
La derrota nos brinda, y nos enseña  
la jauría de lobos;  
¡A odiar al vencedor hasta la muerte!  
¡A alzar la patria por vengarnos sólo!

Os han mordido en la honra? ¿Os han clavado  
el puñal injurioso  
del insulto á la madre?  
¿Os han despedazado, cuando mozos,  
el alma enamorada, y una hembra  
se rió de vosotros?  
¿Os llamaron ladrones ó cobardes?  
¡No habéis visto tampoco  
triunfar á la injusticia,  
y nunca os desgarró, muy en el fondo  
del corazón, una angustiosa pena  
al ver un niño abandonado y roto!...  
Pues eso da el placer de la venganza,  
eso estremece de odio,  
eso hace fuerte y triunfador y grande,  
y el vencer es hermoso!...

¿He caído? ¡A morir! El enemigo  
hace bien en vengarse, y lo soporto.  
¿Me puedo levantar? ¡Pues me la paga!  
La pena del Talió; ojo por ojo!  
¡Arriba! ¡A la venganza!  
Cruzar los brazos y taparse el rostro  
es de pobres mujeres. A las madres,  
azuzadles la rabia como á lobos,  
y echadlas, que devoren, á esas gentes  
que mataron sus hijos... Y nosotros  
¡Arriba, á alzar la patria!  
El perdón es de eunucos. ¡Viva el odio!...

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

## REFLEXIONES

¿Habrás visto espectáculo semejante? Jamás se ha  
tenido en menos la personalidad de los pueblos. Cedió  
no ha mucho tiempo Turquía á Inglaterra la isla de  
Chipre; Inglaterra al Imperio germánico la de Heligo-  
land. Recientemente hemos cedido nosotros á los nor-  
teamericanos la de Puerto Rico, las Filipinas y una de  
las Marianas. Cedemos ahora á los alemanes el resto de







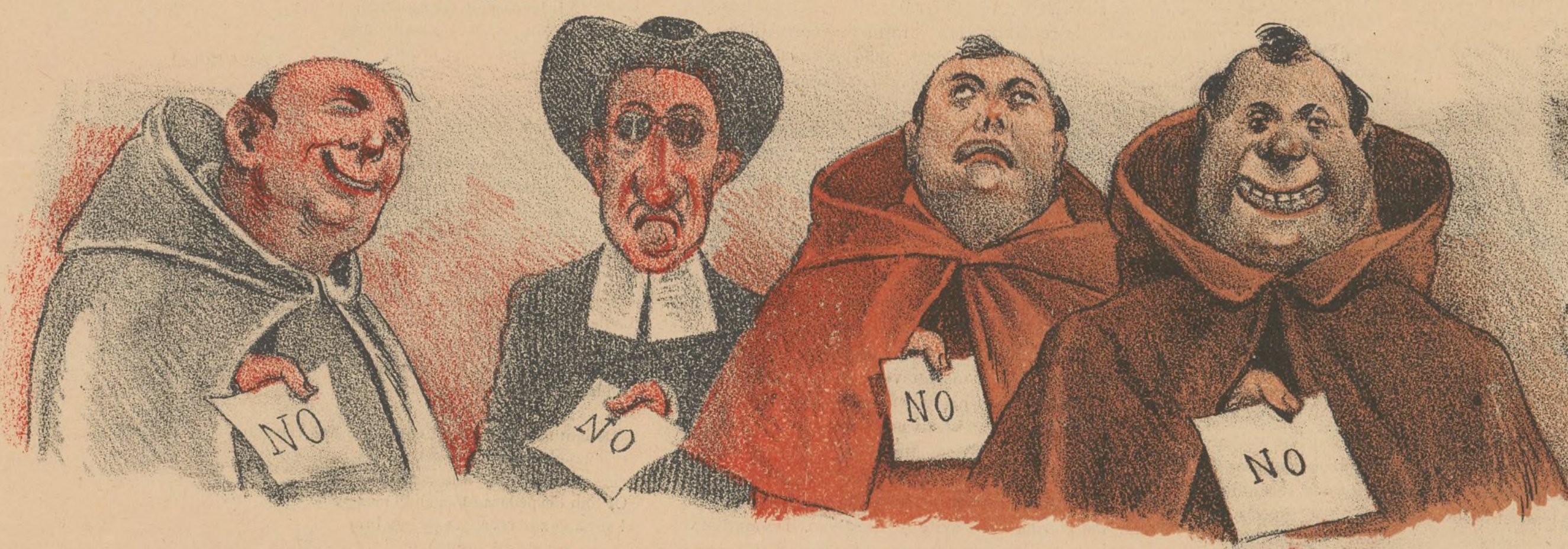
El regreso de Cerralbo.  
Con el rabito entre las piernas



El caballero Bayardo.



El que pagará los vidrios rotos.



Los que intentan arrojar á Morayta del Congreso.



Preparandose á freir al contribuyente.



La primera victima de la temporada.

Lin. de la Viuda de M. Bantón. Jota del Valle. 22



Proyecto de cartel para el Anís del Mono.



Juan de las Viñas.



las Marianas, las Carolinas y las Palaos. Estas y las Filipinas las hemos, no cedido, sino vendido: las Filipinas, por 20 millones de duros; las Palaos y las Carolinas, por 5 millones.

¿Se ha consultado para esto la voluntad de los pueblos enajenados? Ni directa, ni indirectamente. Se les presentan los nuevos señores y les dicen: «Sabed cómo, por convenio de tal fecha, os traspasaron á nuestro poder vuestros antiguos amos; en adelante debéis obedecer á las autoridades que aquí establezcamos. Por de pronto os sometemos á un gobierno militar, á un gobierno de fuerza; de vosotros dependerá que os lo troquemos por un gobierno civil y aun os demos intervención en vuestros negocios.»

¿No lo consienten los pueblos? Se los llama rebeldes y se extrema contra ellos el rigor de las armas. «¡Cómol—se les dice:—¿por dónde podéis atreveros á argüir el dominio que sobre vosotros nos ha dado tal convenio ó tal título de compra? Tengo yo para obligaros á que me obedezcáis fuerzas sobradas de mar y tierra: con resistir no haréis sino agravar vuestra suerte.»

Resisten las Filipinas y son teatro de una porfiada lucha, cuyo término se ignora. ¿Resistirán también las Carolinas, las Marianas y las Palaos, á pesar de su exigua población y sus escasos medios de guerra?

No hemos cedido la isla de Cuba; pero hemos renunciado á la soberanía que en ella ejercíamos. Los norteamericanos la ocupan también militarmente, sin que á la hora de ésta manifiesten la intención de abandonarla. ¿Surgirá allí otra guerra?

Fatales somos los españoles para nuestras pérdidas colonias. Después de haberlas cubierto de sangre y ruinas, las hemos cedido de modo que de sangre y ruinas las cubran extrañas gentes. La infame venta de las Filipinas, ¿qué podía producir sino los estragos que hoy vemos? Había ya peleado aquel pueblo por su libertad y ¿podía pasar indiferente de nuestras manos á las de los yanquis? Se veía vendido como una mercancía y ¿no había de protestar contra la venta?

Renunciamos en Cuba á nuestra soberanía, pero sin determinar á favor de quién la renunciábamos. Dejamos con esto abierta de par en par la puerta á nuevos conflictos. ¿Por qué no hubimos de renunciarla desde luego en el pueblo de Cuba, atentos á las resoluciones tomadas en Abril de 1898 por el mismo Congreso de Washington? Nos lo impidieron un mal entendido amor propio y cierto espíritu de venganza; y hoy, en el aire aquella soberanía, se creen con derecho á ejercerla, cuando no sea más que provisionalmente, los norteamericanos. No como simples interventores, sino como soberanos obran en la isla de Cuba. Cobran los derechos arancelarios, recaudan los demás tributos, proveen todos los empleos, administran justicia, mandan, decretan, reforman, legislan.

Apúrase la paciencia de los cubanos, surgen de todas partes voces de desconfianza y queja, y, ¡ay!, posible es que la guerra retoñe.

No bastaban los males que en las colonias produjimos; hemos debido legarles otros. ¡Triste legado!

## CANTARES

Hay quien trabaja y no come,  
pues para el Fisco no gana,  
y en cambio hay muchos políticos  
que comen y no trabajan.

Porque ha muerto Castelar,  
los reaccionarios se alegran;  
mas si Castelar ha muerto  
están vivas sus ideas.

Quieren que en los Institutos  
sea el latín lo que prive.  
Ni está el horno para tortas  
ni el tiempo para latines.

Polavieja, en el ejército,  
la boina introducir quiere.  
Quizá otro día á la tropa  
quiera ponerla bonete.

Hoy hay pocos estudiantes,  
porque saben que en España  
solo medran los que tienen  
mucho gramática parda.

Cuando aprietan los calores  
el quilo sudará el pueblo,  
y los padres de la patria  
se irán á tomar el fresco.

VICENTE RUBIO.

## El castillo de Montjuich.

Hay en la historia de nuestros días una página negra que representa un estigma infamante para todos los que á la justicia rinden culto.

En la hermosa ciudad condal yérguese triste, sombrío, un odioso símbolo de barbarie y opresión: el castillo de Montjuich.

En la imaginación popular representanse las escenas de martirio ocurridas en los tenebrosos calabozos

de ese vetusto castillo, y la España honrada protesta de tantos horrores, que recuerdan un pasado medioeval...

¡Oh, si! Es necesario que ese castillo, mansión de inquisidores, ruende convertido en polvo ante los golpes de la piqueta revolucionaria y justiciera, y que la preciosa sangre vertida de tanto inocente inmolado en los antros del infernal castillo caiga sobre la frente de los culpables...

## LANZADAS

El Sr. Morayta estorbaba á la reacción, y han tratado de inutilizarle.

Los neos de la mayoría, complicados con carlistas é integros, proyectaron despojarle del acta de diputado que le concedieran los electores republicanos de Valencia.

Pero, por fin, el derecho y la justicia han triunfado, y el Sr. Morayta tomará asiento en el Congreso.

Por esta vez han perdido la batalla los polaviejistas.

«Brame el infierno,  
ruja Satán...»

Tiene la palabra un *neutro*:

«Nosotros, los nuevos, hemos venido al Congreso á trabajar y no á perder el tiempo.»

Nos parecen muy honrados esos propósitos.

Pero, hombre, ¿quiere usted mayor trabajo que el oír perorar á Dato?

Villaverde deja oír su elocuente palabra en el Congreso.

La tribuna de señoras está entusiasmada oyéndole. —Pero, marquesa, ¿ve usted qué bien mueve ese hombre la lengua!

Estremézcanse ustedes:

Ha llegado á Santa Cruz de Tenerife la escuadra española de instrucción, al mando del contralmirante Cámara.

Dios mío, ¿cuántas cruces nos va á costar esa brillante llegada de nuestra brillante escuadra á la brillante costa de Santa Cruz de Tenerife?

El general Polavieja, ¡pobrecito!, lleva varios días enfermo, á consecuencia de un enfriamiento.

Nos explicamos la indisposición del general.

El hombre se habrá quedado frío al ver el efecto que han causado á la opinión sus reformas militares.

Procedentes de Burdeos han llegado á Madrid los sagrados restos de Goya, pero sin cabeza.

¡Pobre Goya!

Está expuesto á que le confundan con Polavieja.

El Ayuntamiento ha acordado, «en su alto juicio», que la calle de las Beatas se llame desde ahora en adelante calle de Antonio Grilo.

Pues juramos no volver á pasar por esa calle.

A no ser llevando el bastón en guardia.

El señor conde de Cheste ha escrito un soneto—de catorce versos, ¿eh?—dedicado al gran Velázquez.

Pero qué, ¿todavía maneja la lira ese hombre?

¡Ya ni en la paz de los sepulcros creo!

A consecuencia de beber leche en malas condiciones, se han envenenado 37 vecinos del Rastro.

Ya lo dice el aforismo higiénico:

«No comas escabeche,  
y desconfía de la mala leche.»

La deuda flotante ha subido en el pasado mes á 9 millones de pesetas.

Villaverde, comentando la noticia:

—Y luego querran que presente unos presupuestos nivelados, con esa deuda cada vez más flotante...

De un momento á otro llegará á Madrid el nuevo representante de los Estados Unidos en España.

¡Oh manes de Villamil, Lazaga, Vara de Rey y Cadarso!

Han comenzado á verse en el Congreso las actas sucias.

¡Uff! ¡Qué asco!

## CRISTIANA

(CUENTO)

Se había puesto pálida, intensamente pálida, al anudarse la última cinta de raso á la cintura...

—¡Iria!...

¿Cómo se decidió? Envuelta en los perfumes de su tocador, agudos, más violentos que nunca, preparaba la escapatoria furtiva con la agitación criminosa de un robo, aguijoneada por un deseo lleno de terrores, anheloso el pecho, ardiente la boca, estremecida la carne, ansiosa y desmayada.

Al despertar lo había pensado obscuramente.

—¡No!...

Turbias ideas, displicentes y amodorradas, se extendieron sobre sus pudores antiguos, como una niebla. Había dicho ¡no! sin sublevarse ante la audaz invitación al delito; no lo deseaba, no lo *vela*, sencillamente, y dijo que no...

Delante de su marido la sorprendió á ella misma un instintivo cuidado de simular algo... de alejar sospechas; ¿de qué?... Sonreía, perfilando su íntimo disimulo con la enérgica acentuación de un miedo incipiente, y almorzó más, observando á hurtadillas al hombre conocido... ¡la cara pálida, gruesa; el bigote de siempre!... No se acordaba de lo que habló; pero tenía la remota conciencia de no haber contradicho ni una sola verdad á su esposo; ¡enteramente de acuerdo! Y aquella unanimidad, extemporánea á veces, le había hecho sentir un calor de horno en la cara y una extraña rigidez en la garganta.

¿Cómo pasó el día? A saltos reaparecía *aquello*, pinchándola, incitándola, con un ir y venir de olas, débiles, indecisas, informes... Aún, cuando llegaron los tres amigos, no tenía concepto claro de la situación; ¿para qué?... Empezaba á ponerse triste y á entrever un fondo obscuro de desesperación en aquella tristeza; oyó muy bien cómo su marido resistía á... ¡un viaje! ¡La eterna fábula... y apretándose las mejillas con las dos manitas, para ocultar una sacudida imprudente, un vuelco del corazón, le rogó que aceptara...

Lo consiguió demasiado pronto; le vió prepararse risueño, con vivacidad chocante de niño gordo; se dejó acariciar la barba, una caricia tranquila y vieja, de cura, de padre, de marido...; le vió salir, y desde el balcón, agitada y nerviosa, le vió alejarse charlando y riendo...

¡Estaba sola! Cruzó las manos, y en sus hermosos ojos apareció una desgarradora tristeza de *Mater* dolorosa...

¡Al fin!... El reloj dió tres campanadas mimosas, como quejas de niña; le miró como á un testigo, y corrió á su tocador.

Estaba vestida, trémula, crujiendo de raso, pisando barreras de ropa, sintiendo en los muslos la cálida caricia de una tela impecable; se miró al espejo, apretándose mucho la cinta de la capota, muy empuñado el abanico de ébano, y bajó la escalera velozmente, queriendo contener con el aliento el bullicioso revolar de sus enaguas.

En la calle, la bulliciosa multitud que discurría, la posibilidad de un testigo en aquella confusión de gente dispersa le produjo un frío desconsolador en la espalda; andaba despacio, un andar pensativo, esquivando los torrentes de luz amarilla que arrojaban sobre la calle los muestrarios recién iluminados. Raras ideas de dulce esclavitud, de ansiada derrota, le despertaban el indolente balanceo de sus caderas, estremecidas por un paso vibrante.

Recordaba de pronto á lo que iba, y entonces miraba á la gente con un mirar sesgado, con el manguito á un lado de la cara, torvo y esquivo el brillar de las pupilas, que se apagaban en el velillo blancuzco, punteado de motillas y sujeto en lo alto de la nuca con un agujón de oro.

Allá, enfrente, detrás de un reverbero triston como un cirio, estaba el número de la casa; un nueve negro y recortado sobre la piedra.

Dejó pasar un carro estruendoso, cargado de hierro, y entró en la casa con la frente baja y cerrando los ojos; en la portería jugaban dos niños con un ferrocarril de latilla; subió rápidamente, huyendo de aquellas risas frescas, y llegó, jadeante, convulsa...

Llamó...

En el piso alto se oyó el estruendo de un portazo; una oleada de voces confusas, un torrente de luz roja y triste invadió la escalera; bajaba un tropel; en el descansillo apareció un monago con sotana roja; agitó la esquila y se oyó detrás un siniestro rumor de rezos; bajaban lentamente, el cura revestido, descubierto, pálido; detrás un rosario de viejos enlutados, con largos faroles en las manos temblonas; la pecadora cayó de rodillas, rezando rápidamente, oyendo el clamor de la esquila y el sordo murmullo de oración fúnebre y trágica...

Se alejó todo.

Se persignaba rápidamente, y así, con la señal de la cruz todavía en la mano, se dejó llevar por un brazo y dejó en una boca que besaba la suya el último amén de una salve.

ADOLFO LUNA.

## BIBLIOTECA DE "DON QUIJOTE,"

En prensa:

**POLAVIEJA**

POR

**PEDRO BARRANTES**

ILUSTRACIONES de **ROJAS**

Precio: **20 céntimos.**

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.